

**Paul Erikson, Judy L. Klein, Lorraine Daston, Rebecca Lemov, Thomas Sturm and Michael D. Gordin. How reason almost lost its mind. The strange career of Cold War rationality.** Chicago: Chicago University Press; 2013, 259 p. ISBN: 9780226046631. \$ 35.00.

El clásico protagonizado por James Dean en 1955, *Rebels without a cause*, hizo famoso en todo el mundo el «juego de la gallina», que hacía furor entre los hijos de la clase media suburbana estadounidense: dos conductores llevan sus coches a toda velocidad hacia un precipicio (o uno contra otro, según otras versiones); el primero en saltar es un gallina y el último se lleva a la chica. Para el filósofo inglés Bertrand Russell, los líderes de las dos grandes potencias enfrentadas durante la guerra fría jugaban ese mismo juego absurdo, sólo que no al mando de coches robados sino de naciones con capacidad nuclear suficiente como para destruir la superficie de la Tierra varios cientos de veces. Para numerosos matemáticos, economistas, científicos sociales, psicólogos, filósofos y oficiales norteamericanos encargados de repartir fondos de investigación civiles y militares, la cuestión no era si se debió aceptar la partida, sino, una vez dentro de ella, cuál era la estrategia más racional, es decir, victoriosa.

Según este libro, la inmersión de intelectuales tan diversos en los problemas estratégicos de la guerra fría hizo cristalizar una noción propia y peculiar de una idea clásica: la razón. Ésta quedaba reducida a la racionalidad algorítmica resultante de la aplicación de ciertas reglas independientes de la subjetividad, del contexto y, sobre todo, de la materia a la que estas reglas se aplicaban. De ahí el juego del título del libro, que significa simultáneamente que «la razón casi perdió el juicio» y que se desligó de la «mente», se desencarnó del sujeto operante en un medio concreto al que tradicionalmente se había atribuido. Y es que se esperaba de esta racionalidad que sustituyera a la tradicional razón, que en cuestiones políticas y éticas comprendía elementos como la *synderesis* y la prudencia, considerada ahora excesivamente subjetiva y sujeta a contingencias por contraposición a las reglas abstractas y universales que se buscaban. Precisamente esta abstracción habría permitido al ideal de racionalidad fraguado en la guerra fría expandirse por disciplinas muy diversas pero unidas por un debate intelectual común, a menudo auspiciado y financiado por ese complejo tan singular de universidades y *think tanks* estratégicos que caracterizó al mundo académico estadounidense posterior a la Segunda Guerra Mundial.

La unidad fue más un proyecto que una realidad efectiva y pronto se quebró en mil pedazos. Algunos de estos pedazos son añicos que en nada recuer-

dan al original, pero otros son fragmentos cuya forma depende en gran parte de aquellos estudios sobre la racionalidad, como las partes de un jarrón roto serían ininteligibles sin tener en cuenta el todo del que partieron. Se trata de campos tan diversos como la teoría de juegos en economía, la psicología cognitiva, la sociología de grupos o las ciencias políticas. Por eso este libro no interesará solamente a los historiadores, sino también a quienes trabajen en estas disciplinas y a quienes manejen, implícita o explícitamente, alguna idea de razón y racionalidad.

Hace ya tiempo que la historiografía de la ciencia se viene ocupando del papel de la guerra fría en la configuración de disciplinas como la física, las ciencias geofísicas, y también las ciencias sociales y humanas. Este libro se enmarca en esa tradición, pero su objetivo es más ambicioso en tanto persigue esbozar una historia intelectual de la idea de razón durante la guerra fría que sea capaz de explicar cómo pudo fraguarse un debate y una meta comunes entre disciplinas que hoy tienden a recluirse en sus respectivos departamentos universitarios. El panorama historiográfico actual es reo de esta misma especialización y la pléthora de estudios locales contrasta con la escasez de visiones de larga duración y transversales a diversas disciplinas. *How reason almost lost its mind* aporta precisamente esto. Su ambicioso objetivo se convierte en realista por la variedad de procedencias disciplinares de los seis reputados autores del libro (cuatro historiadores de ciencias diversas, una economista y un filósofo). Al tratarse de una obra corta escrita a doce manos no es del todo regular, hay partes más convincentes que otras, y en ocasiones su lectura es densa y algo técnica. Sin embargo, su valía está en su amplitud de miras, la cual le permite involucrar la microhistoria de diversas disciplinas y métodos con una sutil historia intelectual. Por ello, esta obra parece destinada a inspirar nuevas líneas de investigación y suscitar numerosas ampliaciones, matices y rectificaciones.

Tras una introducción panorámica, el primer capítulo del libro trata de determinar qué cambió durante la guerra fría en la historia de una idea que llevaba siglos de rodaje. El fondo de la comparación lo podrían haber proporcionado la lógica silogística, el *Ars* de Llull, las clasificaciones de Linneo, la «objetividad mecánica» decimonónica sobre la que una de las autoras del libro ha escrito, o la creciente tecnificación y cuantificación de las ciencias<sup>1</sup>. Pero los autores prefieren centrarse en la Ilustración —desde la *characteristica universalis* de Leibniz

---

1. Porter, Theodore M. Thin Description: Surface and Depth in Science and Science Studies. *Osiris* 2012; 27(1): 209-226.

hasta el *hombre máquina* de La Mettrie, los autómatas dieciochescos, y el cálculo probabilístico de Condorcet—, en la «división del trabajo mental» promovida por la industrialización, y en la historia del algoritmo o, más en particular, de cómo las reglas pasaron de ser modelos de conducta a algoritmos mecánicos. Aunque estos elementos y otros provenían de antes de la guerra fría, sólo entonces cuajaron en un proyecto coherente capaz de reunir a investigadores heterogéneos.

El resto de capítulos recorre los escenarios que hicieron posible el nuevo ideal de racionalidad desencarnada, comenzando por la «investigación de operaciones», inspirada en la Segunda Guerra Mundial pero pronto central a las ciencias de la administración y la organización industrial, y la «programación lineal», desarrollada entre otras cosas como respuesta a la necesidad de optimizar los vuelos del puente aéreo a Berlín occidental durante el bloqueo de 1948 y 1949. Aquí aparecen ya algunas de las instituciones claves de esta historia, como la *RAND Corporation*, el *Carnegie Institute of Technology* y la *Office of Naval Research*. Y también algunos de sus protagonistas, como los matemáticos John von Neumann y George Dantzig, los economistas Oskar Morgenstern y Tjalling Koopmans, y el polifacético Herbert Simon. A través de problemas concretos, el segundo capítulo sostiene que la falta de capacidad computacional de los ordenadores existentes en la década de los 50 favoreció modelos de racionalidad procesual en los que los decisores racionales aparecían sujetos a limitaciones de todo tipo.

Sobre estas limitaciones profundizaron diversos psicólogos dedicados a la estrategia nuclear, y a ellos se dedica el tercer capítulo, que discute teorías de decisión racional, teoría de juegos y análisis de sistemas. Psicólogos de la talla de Charles Osgood criticaban el presupuesto de «racionalidad» de la estrategia del *Mutual Assured Destruction* (MAD) (loco, en su acrónimo en inglés) en base a que malinterpretaba los elementos irracionales de los decisores, por ejemplo el miedo y la desconfianza. Las reglas de racionalidad que Osgood ofrecía sí tenían en cuenta estos elementos, pero, argumentan los autores, mantenían la pretensión de abstracción y universalidad. Igualmente, quienes, como Irving Janis, estudiaban la psicología de grupos, también trataban de entender las distorsiones que las dinámicas grupales introducían en la teoría de la decisión.

El cuarto capítulo analiza la obsesión con métodos de estudios de situaciones de toma de decisiones. El capítulo comienza en la Micronesia, yuxtaponiendo las investigaciones nucleares y antropológicas desarrolladas allí durante la guerra fría. Aunque los autores no profundizan en la historia de estas investigaciones, nos dicen que no hubo conexión entre ambos tipos —nucleares y antropológicas. Sin embargo, estudios recientes las vinculan a través de la medicina:

en alguna ocasión el gobierno estadounidense aprovechó sus propios ensayos nucleares para computar los efectos de la radiación en los nativos micronesios. Este es un detalle sin importancia, pero es más significativo el hecho de que en una nota al pie se aclare que la antropología fue una «participante menor» en la racionalidad de la guerra fría. Esto, al igual que la exclusión de la etología de las páginas de este libro (una ciencia que alcanzaba su esplendor en esos años demostrando las operaciones «raciomorfias» de los animales), podría interpretarse como una limitación a su tesis referida al debate común sobre la razón.

En cualquier caso, las islas micronesias interesan a los autores de este libro en tanto espacios acotados, pues permitían desarrollar métodos de investigación nuevos rápidamente, una función que para importantes psicólogos y sociólogos (e investigadores híbridos como Robert Freed Bales en Harvard) ofrecían las «salas de situaciones» (o de emergencias) controladas experimentalmente. Las ciencias de la conducta, ampliadas respecto a sus orígenes «behavioristas», trataban así de definir los contextos y elementos de decisión racional y analizar las culturas, los sistemas sociales y los razonamientos individuales en sus partes atómicas cuasi-mecánicas. La racionalidad habría dejado de ser atributo de los sujetos temáticos o experimentales de las ciencias humanas para serlo solamente del científico y de su sistema experimental<sup>2</sup>.

Como con Osgood y Janis, da la impresión de que a estas alturas del libro la definición de la idea de racionalidad que sus autores señalan como propia de la guerra fría se ha rebajado para dar cabida a movimientos muy alejados del énfasis inicial en la reinterpretación de la razón humana. Aquí tal vez hubiera sido de agradecer un tratamiento más riguroso de las ideas de razón y racionalidad e incluso una mínima clasificación de sus diferentes acepciones, desde las más mentalistas hasta las más instrumentalistas, pues sin ella se corre el peligro de no saber exactamente cuál es el objeto de la investigación histórica. En descargo de los autores, hay que decir que ese mismo peligro lo corrían las ciencias humanas del período en cuestión, y en particular la teoría de juegos, a la que se dedica el capítulo quinto. En sus comienzos se refería a competiciones simples de suma cero como el dilema del prisionero y se aplicaba a estrategia militar (Merrill Flood y Melvin Dresher) y económica (Thomas Schelling). Aunque ni siquiera en esos casos aportaba soluciones calculables, pronto se extendió a casos mucho más

---

2. Un pertinente análisis de las oscilaciones de las ciencias humanas respecto a las operaciones de los sujetos experimentales y su racionalidad puede encontrarse en Bueno, Gustavo. Teoría del Cierre Categorical. Oviedo: Pentalfa; 1992, p. 185-213.

complejos y se aplicó a materias muy variadas, algunas tan ajenas a la racionalidad humana como los «genes egoístas».

Esta dispersión sirve a los autores de transición a un último capítulo dedicado al «colapso» del ideal de racionalidad de la guerra fría, en parte debido a la decreciente presión por parte de los estrategas, pero también como resultado de desarrollos internos, particularmente en psicología cognitiva. Se trata de las «guerras de racionalidad» desatadas a raíz de las críticas e interpretaciones recibidas por el programa «heurística y sesgo». Psicólogos como el británico Peter C. Wason y los israelitas Daniel Kahneman y Amos Tversky trataban de determinar hasta qué punto las decisiones humanas respondían a la lógica formal. El trabajo de los dos últimos, que valió un Nobel de economía, demostraba que los razonamientos corrientes se saltan las reglas lógicas, probabilísticas y estadísticas en favor de expectativas y preconcepciones. Su conclusión era clara: los seres humanos son irracionales. Pero, ¿qué significa eso y quién establece los criterios para afirmarlo? Entonces siguió un debate dirigido a determinar la racionalidad (por ejemplo, evolutiva) de la heurística y los sesgos presentes en los razonamientos humanos y, por tanto, cuestionando la racionalidad formal supuesta durante la guerra fría. Los autores se lamentan de que este debate nunca fuera asumido por las ciencias políticas, pero señalan, y en el epílogo corroboran, que los criterios mismos de racionalidad se fragmentaron, a menudo según disciplinas y escuelas, y que el proyecto común a las ciencias humanas desapareció.

Demos fin a esta reseña con otro clásico cinematográfico de la época, *Dr. Strangelove* (1964), que popularizó y ridiculizó el tipo de lógica asociada al MAD. No en vano en la portada de *How reason almost lost its mind* figura el famoso teléfono rojo, que dio título a la versión española. La película caricaturizaba a uno de los estrategas de la *RAND Corporation*, Herman Kahn (Dr. Strangelove), que reducía al absurdo la estrategia MAD al presentar orgulloso en la «situation room» de la Casa Blanca la «Máquina del Juicio Final». Dos años antes del estreno de la película, la crisis de los misiles había hecho a Kennedy y Krushev saltar simultáneamente de sus respectivos coches antes de llegar al precipicio. En los años posteriores, la prudencia política permitió sortear otras situaciones límite, la Unión Soviética se derrumbó, y el peligro de la bomba pasó a un segundo plano (no menos real, pero menos perentorio). La racionalidad de los calculadores y el conflicto nuclear no eran las únicas fuerzas activas en la época, y este libro no pretende ser una historia de la guerra fría (aunque ayuda a comprender importantes procesos de la época). *How reason almost lost its mind* logra capturar el contexto peculiar que hizo posible la «extraña carrera» de la racionalidad desencarnada como proyecto transdisciplinar. El eco de este proyecto se oye aún

en muchos departamentos de universidades de todo el mundo, pero ya sin la amplificación del debate político y moral existente cuando la amenaza de una detonación presagiaba un «tiempo de silencio». ■

Lino Camprubí

[orcid.org/0000-0001-6848-9090](https://orcid.org/0000-0001-6848-9090)

CEHIC – Universitat Autònoma de Barcelona

**Angela N. H. Creager. *Life atomic. A history of radioisotopes in science and medicine*. Chicago: The University of Chicago Press, 2013, 512 p. ISBN: 978-0-22601780-8. \$ 45.**

La era que se conoce como atómica es todavía la nuestra. Las bombas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki en julio de 1945 arrasaron rápido y muy profundamente las entrañas de los seres vivos y los objetos de todo tamaño. Su rastro en la cultura contemporánea se mantiene en buena parte por el reciclaje sistemático al que se sometieron las fuerzas de los átomos. Los denominados usos pacíficos, civiles, de la energía atómica se constituyeron en una muy eficaz política de reciclaje de un instrumento destructor. Con ese protagonismo, la era atómica ha generado uno de los movimientos sociales de más impacto sociopolítico y económico de nuestro tiempo, el movimiento antinuclear, y un área de estudios y activismo que analiza los riesgos del desarrollo científico contemporáneo.

Ese reciclaje de la radiactividad en la investigación biológica, biomédica y ecológica, en las políticas de Estado, en la industria, y el comercio es lo que el libro de Angela Creager examina al detalle. Cuando se abrieron los archivos del Departamento de Energía de los EEUU, tras nombrar el presidente Bill Clinton en 1994 un grupo experto para estudiar el papel que había tenido el gobierno en los experimentos sobre radiaciones, la bibliografía ya estaba ocupada por denuncias sobre los abusos de la radiactividad en personas enfermas, esencialmente de cáncer. Lo que *Life atomic* narra sin resuello es una extensa sucesión de eventos políticos, científicos, académicos, médicos y tecnológicos, ordenados sin apasionamiento y con precisión en torno a los logros que la radiactividad ha propiciado mientras distribuía por tierra, mar y aire —el símil militar hace al caso— la contaminación radiactiva. Mujeres y hombres, pacientes y gentes expertas, saberes y prácticas de la experiencia radiactiva participan en la recons-